

THELMA C. DE LASTRA

*Una gracia
Mariana*

*Meditaciones marianas
y maternas*



Introducción

Este escrito que hoy sale a la luz es el fruto de un largo camino que comenzó hace muchos años. Por eso me parece importante presentarme para desde allí poder presentar este acontecimiento en mi vida de la Gracia de la Maternidad Mística, que inspira esta larga meditación teológica, que hoy comparto con ustedes, confiando en la caridad de mis lectores.

En el año 1975, yo cumplía 36 años, casada hacía 15 años, con dos hijos, conocí el Movimiento de espiritualidad Soledad Mariana. Me lo presentó una amiga y, al verme entusiasmada, me invitó a que le escribiera a Bernardo, su fundador. Recuerdo que en la carta, entre otras cosas, le dije que lo quería mucho a Dios, que Él me había dado todo en la vida y le preguntaba ¿qué debía yo darle a cambio? El me respondió:

...Me alegro saber que, desde tu nacimiento. Dios te ha dado todo, incluso su propio Hijo. Rezo para que a la pregunta que te persigue: ¿qué le doy yo a cambio?, puedas sencillamente responder: Thelma... ¡Estas líneas me marcaron a fuego!

A partir del año 76 pedí a Bernardo que me guiara en mi camino espiritual. Así fue hasta el día de hoy. Trabajé las ejercitaciones durante todos estos años y acompañé a otros a hacerlo.

En 1977 hicimos con Jorge, mi marido, la “Alianza con Dios en María”, alianza que María siempre toma muy en serio.

Desde ese día ella inspiró todos mis pasos por este camino mariano y contemplativo.

A partir de entonces fueron muchos los signos y experiencias donde María me invitaba a tener una fuerte comunión con ella, algunas muy gozosas y otras con dolor, como al pie de la Cruz.

Siempre digo que nací madre, que Dios me regaló esa gran vocación desde que tengo recuerdo. Y por ese camino mariano y materno me ha llevado María de su mano.

En uno de mis retiros anuales en la Trapa, más exactamente en Octubre de 2002, Bernardo me dio a leer un libro llamado: “La Encarnación

Mística” de Monseñor Luis Martínez, hoy venerable, guía espiritual de la también venerable Concepción Cabrera de Armida. El Libro contiene las notas de un retiro espiritual que él le dio a Concepción en el año 1935. Me pidió Bernardo que lo fuese leyendo y viendo qué iluminaba de mi vida.

A medida que lo leía ¡resonaba en mi interior de manera inexplicable! Entendí que el Señor me había regalado esta gracia y todo el libro iba iluminando lo vivido en mi vida pasada y presente. Algo que me sobrepasaba totalmente. Bernardo me fue confirmando y me dijo algo que también me marcó a fuego: *“creemos en Dios Trino, creemos en Jesús, Dios hecho Hombre, pero nos cuesta creer en Su obra en nosotros.”*

Nos fuimos dando cuenta, con Bernardo, que la “maternidad mística mariana” era el nombre de la gracia que mejor expresaba lo que yo vivía.

A partir de allí fui alimentándome con los distintos ejercicios que Monseñor Martínez

dio a Concepción los últimos años de su vida, a partir del año 1925 en adelante.

Decidí poner todas mis fuerzas para recibir plenamente esta Gracia. Para ello, desde entonces, desee y deseo vivir “sumergida” en María confiando audazmente que el Espíritu Santo y Ella son los que aman y obran en mi. Que la conciencia de mi pequeñez y de mi pobreza no sea un impedimento sino que, de lo contrario, aceptando mi inmensa limitación, confíe totalmente en que Ellos obran lo que me falta.

Encuentro mucha vida en el “Hágase” de María. *¡Dejarme hacer será mi quehacer!*, sabiendo que el Señor regala esta gracia, la prepara previamente y, luego, la sigue acrecentando hasta llegar a la plenitud, en el Cielo. Esta gracia es inconmensurable y me animan las palabras de Mons. Martínez para dejarme mirar por mi Señor y poder mirarme a mi misma: *“mirarme, con el regalo de ésta gracia, con el mismo respeto que se mira el vaso de barro que contiene la Eucaristía”*.

Desde un comienzo tuve conciencia de que no era una gracia para mi sola; sin duda hay muchas

personas que han recibido esta gracia de Dios y quizás muchas no sepan, como me pasó a mi, de este gran regalo, hasta que caiga en sus manos algo que les ilumine su interior. Por eso quiero poner este librito en manos de María para que Ella se sirva de él para iluminar muchos corazones en este camino mariano y materno. Deseo, y sin duda María también lo desea, que haya muchas “marías” en el mundo.

Los primeros apartados son temas doctrinales marianos, ya que Ella es nuestro ejemplo y nuestro camino. Luego vienen temas preparatorios, para terminar concretamente explicando la gracia de la maternidad mística mariana.

Lo he hecho al estilo de pequeñas ejercitaciones, con preguntas que pueden ayudar a la meditación.

Quiero aclarar que en estos escritos hay muchos conceptos e incluso frases textuales de las ejercitaciones de Soledad Mariana y del resto de las muchas obras de Bernardo Olivera y de los libros arriba nombrados de Mons. Luis Martínez y Concepción Cabrera de Armida.

Son conceptos y frases que me expresan totalmente.

También me he alimentado con otros autores que nombro en la Bibliografía.

Antes de terminar, quiero en primer lugar, expresar mi gran agradecimiento a Dios, por mirar mi miseria y obrar en ella. A María, por invitarme a esta común-uniión con Ella y regalarme esta gracia materna. A Bernardo Olivera, que me ha acompañado en este camino mariano y materno desde el año 1976 y que sin su guía no hubiese podido siquiera tomar conciencia de la obra de Dios en mí. A Mons. Martín de Elizalde, por permitir que este pequeño trabajito se publique. A la Hna. María Guadalupe Labarthe por enviarme los ejercicios de Mons. Martínez a Concepción Cabrera y acompañarme con su oración. A María Luisa Gowland por sus correcciones y nuestros encuentros, en el Señor, que inflaman nuestros corazones.

Y quiero terminar con una oración a María:

“En Ti, María, sabiéndome aliada con Dios en

su obra salvadora, quiero ayudarte a que nazca Jesús en muchos corazones y sembrar en el mundo la vida mariana y materna. Quiero servir en el silencio de la donación maternal buscando sólo la gloria de Dios y de las personas; no la mía. En Ti, María, digo: ¡Hágase!”.

Thelma

UNA GRACIA MARIANA

1. **María, nuestro modelo**

Vamos a comenzar nuestras meditaciones mirando a María, nuestra Madre y nuestro modelo. Como Madre, le vamos a pedir que nos ayude y asista. Como modelo, la vamos a mirar para imitarla, ya que ella es el modelo perfecto de la vida cristiana. Es, ante todo modelo de amor: modelo de amor de hija, ya que es hija predilecta del Padre. Modelo de amor de madre, ya que es madre del Hijo único de Dios. Modelo de amor de esposa, ya que es templo y esposa del Espíritu Santo y es esposa de San José, hombre santo, a quién Dios le entregó la paternidad de su divino Hijo. Es modelo de fe, de esperanza, de caridad, de oración, de virginidad, de vida matrimonial y familiar, de consagración a Dios, de comunión con Él, de trabajo, de misericordia... y podríamos seguir enumerando tantas virtudes que adornan la persona de María.

Es imposible que vivamos una vida cristiana sin imitar las virtudes de María, ya que ella es la más perfecta seguidora y discípula de su Hijo, Jesús. Debemos poner medios para imitarla, aunque siempre teniendo conciencia de la enorme distancia que existe entre ella, que es inmaculada, y nosotros, con nuestras grandes pobreza y limitaciones y tantas veces alejados del camino de Dios.

Sabemos que la imagen de Dios invisible es Jesús, que se encarnó en la Virgen María para poder vivir entre nosotros y que pudiésemos, a través suyo, conocer al Padre. En la medida que vayamos transformándonos en Jesús, podremos mostrar la vida divina con nuestras propias vidas.

La primera que se transformó en Cristo fue su propia Madre. Ella es transparencia de Cristo, llevándolo primero en su propio cuerpo y, luego, siempre en su corazón. Entonces, imitándola a ella, encontraremos el camino más certero para transformarnos en Cristo.

Cada una de las personas sentirá alguna atracción particular hacia uno de los muchos aspectos de la vida santa de María. Dios, además, puede dar gracias especiales a algunas para vivir más profundamente una de las muchas facetas de la persona de María.

Ahora bien, imitar a María no es “copiar” un modelo. Imitar a María es hacer propio aquello que estamos llamados a imitar. Es lo que llamamos *internalizar*. Sepamos, sin embargo, que es ella misma la que nos ayuda a hacerlo y, siempre con el fin de configurarnos plenamente con su Hijo.

Jesús nos entregó a María como madre. Desde la Cruz le dijo a María: “ahí tienes a tu hijo”. Nosotros, entonces, debemos recibirla como respuesta al pedido del Señor: “ahí tienes a tu madre”.

¿Qué hacemos nosotros para recibir a María en nuestra casa?

Una buena manera de recibirla es ¡consagrarnos a ella! Según San Luis María de Montfort, la consagración a María es la mejor y más perfecta devoción a María. Renovemos, entonces, nuestra Alianza Bautismal, haciéndola en el Corazón de María, su Madre.

En el punto 2 la explicaremos con más detalle.

Reflexión personal:

- 1) ¿Qué virtudes de María te sientes invitada/o a imitar?
- 2) ¿Comprendes lo que es internalizar un valor o una virtud?
- 3) ¿Cómo recibes el don de Jesús?
- 4) ¿Qué significa para ti recibir a María como madre?

ÍNDICE

Prólogo	5
Introducción.....	13
1. María, nuestro modelo.....	21
2. Alianza con Dios en María	25
3. El Espíritu Santo y María	31
4. La mirada del Padre.....	37
5. Gracia.....	43
6. Cómo colaborar con las gracias recibidas de Dios	51
7. Una gracia mariana	63
8. La gracia de la maternidad mística mariana	69
9. El quehacer de la maternidad mística mariana	79
10. Gracia de unión transformante.....	93
11. El sacerdocio	97
12. Pensamientos finales	115
Trabajo a realizar	123